

Cervantes engrandecido

RENÉ AVILÉS FABILA

El escritor más sobresaliente del castellano en nuestro tiempo, Jorge Luis Borges, hizo rectificaciones fundamentales para el análisis y comprensión del más afamado escritor de todos los tiempos del castellano, Miguel de Cervantes Saavedra. “Ningún otro destino fue tan dejado de la mano de su dios como don Quijote. Ninguna otra conducta de novelista fue tan deliberadamente paradójica y arriesgada como la de Cervantes...” El trabajo de Borges, “La conducta novelística de Cervantes”, incluido en *El idioma de los argentinos*, aclara errores en la obra del español, errores que considera achicadores, es decir, que le restan méritos y valores. Vale la pena aclarar que, en efecto, Cervantes ha marchado triunfal por los tiempos acompañado de la idea simplista de que sólo se trata de un texto que critica los escritos más ramplones de caballería (recordemos que salva, por ejemplo, *Tirant lo Blanc*, al señalar que “es éste el mejor libro del mundo”), o de una parodia. La obra es el arranque de toda literatura moderna castellana y ha logrado darle a Cervantes el honroso papel paterno de toda la literatura subsecuente, algo que en inglés sólo puede atribuírsele a Shakespeare, contemporáneo del escritor español. Parafraseando a Mario Vargas Llosa, podría señalar que Cervantes es uno de los primeros grandes suplantadores de Dios –Fielding, Balzac, Dickens, Flaubert, Tolstoi, Joyce, Faulkner– que pretende crear una realidad total.

Recuerdo que en una larga plática con Borges en Buenos Aires, en la Biblioteca Nacional, situada por

cierto en la calle México, me preguntó qué leía en ese momento: le repuse que Unamuno, Pérez Galdós y Azorín. Hizo alguna referencia sobre lo provinciano de la literatura española junto a las letras francesas, alemanas e inglesas. Quedé desconcertado. Mucho más adelante, del mismo modo que al Borges, acusado por los periodistas frívolos, como racista, no era posible encontrarle una línea probatoria, descubrí su real manejo del Siglo de Oro, el que utiliza para disminuir la soberbia española y para probar, merced a su enciclopédica cultura, que “la tradición española no es tradicional, como los tradicionalistas pretenden” y al mismo tiempo decir de Cervantes algo más allá de los lugares comunes a los que los pésimos críticos literarios nos han acostumbrado sobre la hidalguía y la bondad del Quijote, la panza de Sancho y la flacura de Rocinante que cabalga por todos los lugares del planeta.



Retrato de Cervantes pintado por Juan Jáuregui

La inmensa trascendencia de Don Quijote y la de su autor, Cervantes, para muchos una misma deidad, está en que haya sido el cronista de una locura y de un loco triste, que acepta su soledad, del mismo modo que Sancho acepta una ínsula en el prodigioso reino de la imaginación. El amor en este libro no es tal, es exactamente desamor. Cervantes y Shakespeare van a ser los historiadores de la imposibilidad de ser felices a través de la pareja perfecta. La eterna búsqueda del desamor, es también parte de la desesperada locura del Quijote. De este modo, la literatura española arranca impetuosa hablando de tragedias que parecerían mover a risa cuando con toda severidad lo hacen para introducir al lector sensible en la tristeza. De todas las lecturas que he hecho de Don Quijote ninguna me ha hecho feliz ni me ha dado una sola sonrisa, me pone inalterablemente angustiado verlo embestir molinos de viento, me pone lloroso la flacura patética de Rocinante, la torpeza inaudita del escudero Sancho Panza, los esfuerzos de Dulcinea por mitigar la locura del héroe huesudo y viejo, achacoso, y los amores imposibles del ingenioso hidalgo de la Mancha, por último, sus reflexiones solitarias que son las mismas que se hizo Cervantes. En suma, es un libro inmensamente desgarrador.

Lo leí por vez primera en una edición de Jackson, ilustrada por Doré, en cuatro volúmenes, regalo de mi madre en plena adolescencia. Luego detesté la explicación cervantina en boca de mis maestros de literatura durante la secundaria y el bachillerato y al fin volví a reencontrarme con Cervantes por dos razones: una que se relaciona con William Faulkner quien contaba a un periodista que cada año volvía a la lectura de Cervantes; la otra era porque en París, en épocas de estudiante de posgrado, encontré en una librería de obras en español, la pequeña edición de Austral. Fue antes de hacer mi primer viaje a Madrid, en 1970, y recuerdo que el vendedor me dijo: Ah, para defender su castellano, ¿verdad?

Sin embargo, conservé siempre la idea del Cervantes académico, del que hablaba Américo Castro o estaba en boca y pluma de profesores angustiantes que solían hallar toda suerte de interpretaciones fastidiosas de investigadores de filología. Esta versión por fortuna se derrumbó cuando entre nosotros, un escritor insolente y magnífico, Ricardo Garibay, me repitió lo que había dicho en un programa radiofónico: Cervantes debe ser puesto a salvo de los académicos, él no era sino un borracho blasfemo, jugador, pendenciero y soldado de fortuna que perdió la mano izquierda “de un arcabuzazo” en la batalla de Lepanto. Nadie más lejos de la academia que Cervantes, hombre formado en la guerra, en las tabernas y en las prisiones, en compañía de hombres rudos e ignorantes, al que le faltaban dientes a causa de los excesos y que –yo añadiría– no escatimaba elogios a los poderosos con tal de salir de la miseria y conseguir éxito literario, el anhelo de todo escritor, bueno o malo. No lo pensé más. Cervantes entraba en el libro para hacerle compañía a su prodigiosa creación. Uno vivía en el luminoso reino de la literatura universal, era de los más logrados personajes; el otro, puso su vida en el más hermoso de los castellanos, la compleja tarea de vivir, lo que Cesare Pavese llamó *El oficio de vivir*. Uno y otro aseguraron un sitio de privilegio en eso llamado inmortalidad. Leemos las andanzas del don Quijote de Cervantes desde hace quinientos años, ¿haremos otro tanto con los autores que pueblan nuestra literatura con pomposo éxito y una vanidosa presencia en los medios de comunicación que jamás existieron en el siglo de oro? Misma reflexión que me hacía cuando en los tiempos del viejo *Búho de Excelsior*, yo publicaba los infatigables y agudos trabajos que sobre Cervantes y sus personajes escribía un amigo estimado, Lúdivik Osterc. ■